

Francisco J. Hernández-Ayón
Arte, técnica y arquitectura globalizada
Ciencia Ergo Sum, vol. 14, núm. 1, marzo-junio, 2007, pp. 99-105,
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10414112>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Arte, técnica y arquitectura globalizada

Francisco J. Hernández-Ayón*

Recepción: 24 de abril de 2006

Aceptación: 24 de agosto de 2006

*Unidad de Diseño Arquitectónico, Universidad Autónoma de Nayarit, México.

Correo electrónico: fjhernan@nayar.uan.mx y franjha@yahoo.com

Resumen. El mundo globalizado actual está promoviendo en nuestra sociedad cambios que nos impulsan a un mundo de consumismo y frivolidad. La arquitectura no se ha escapado, promoviéndose la idea de arquitectura-mercancía-moda. Hay una tendencia global que promueve la separación de técnica y arte, desalojando al hombre del centro de la escena. Para contribuir a recuperar el equilibrio en nuestras sociedades, los arquitectos debemos preocuparnos por incorporar objetos arquitectónicos “sanos”, y para ello se propone retornar a lo nuestro, a nuestras raíces: al patrimonio vernáculo y purificar desde ahí nuestras acciones.

Palabras clave: arte, técnica, globalización, vernáculo.

Art, Technique and Globalize Architecture

Abstract. The globalized world of today is promoting changes in our society, which encourages a world of consumism and frivolousness. The world of architecture has not been left untouched by this trend and finds itself promoting the idea of architecture-merchandise-fashion. There is a global tendency to separate the technical aspect from the artistic one, which removes the person from center stage. As architects, we should attempt to recover the balance in society by incorporating “sound” architectural objects and thereby bring back our true values, the values of our roots: the vernacular heritage, and through that purify our actions.

Key words: art, technique, globalization, vernacular.

Introducción

El avance tecnológico y la modernidad son un rasgo característico de nuestro mundo actual. Al inicio de este nuevo milenio es palpable la rapidez con que la ciencia avanza y los vertiginosos cambios que esto ha traído a nuestra sociedad.

La rápida elaboración y transmisión de información y su consecuente eliminación de tiempo y distancia en la comunicación, están propiciando nuevos conceptos de trabajo, de diversión y de estudio, pero sobre todo, nuevos conceptos de vida.

Por otro lado, los más nobles ideales del hombre parecen no estar incluidos en los objetivos de este mundo globalizado, el consumismo y la frivolidad sí. Nuevas necesidades son promovidas por los medios de masas, los cuales han logrado cautivar a una gran parte de la sociedad con gran éxito, y la llevan a consumir de manera irreflexiva. No son *light* solamente los refrescos y otros alimentos, hoy en día nos encontramos con ideas, expectativas e ideales *light* (Vargas-Salguero, 1998: 93). Desafortunadamente la arquitectura no escapa a eso, ha sido trastocada en sus va-

lores constitutivos y equivocadamente toma fuerza hoy una arquitectura globalizada.

Con pesar se observa que las obras arquitectónicas que mundialmente se premian poseen poca relación con el contexto cultural de cada región. Son obras en las que más ha importado el aspecto formal que la satisfacción de las verdaderas necesidades del hombre. Esto ha provocado en el mundo una moda, un estilo arquitectónico, una internacionalización de materiales que aceptamos sin cuestionar. Las decisiones de los jurados avalan una corrien-

te internacional sin darse cuenta de la globalización ideológica que se está generando y, con ello, la pérdida de identidad de las naciones. De ahí es de donde proceden los ideales y modelos a imitar; de ahí nos llegan las verdades supuestamente eternas y universales:

[...] el Ser de la arquitectura igual para todo el mundo y para todas las edades. De ahí procede el internacionalismo opuesto al regionalismo arquitectónico; la idea de la arquitectura-mercancía-moda, que es esencialmente opuesta a la arquitectura útil, económica y durable (Ríos, 1998: 49).

Pero ese internacionalismo no sólo influye en las altas esferas de la sociedad o en el nicho de la comunidad de arquitectos; al materializarse esa influencia en las ciudades, se continúa emitiendo el mensaje internacional a través de cada uno de los sectores de la sociedad. En los sectores bajos de comunidades urbanas y rurales, se está desarrollando una 'arquitectura' de carácter universal, la cual no posee ningún vínculo con el lugar donde está emplazada; es la que aparece en cualquier lugar bajo las mismas características constructivas; es 'el estilo internacional de la miseria'.

El modelo de vivienda de una planta con losa de concreto y muros de ladrillo se ha convertido en la casa 'ideal' e internacional de los pobres (ideal, por otra parte, alcanzado sólo en pocas ocasiones). Fotografías de este tipo de viviendas tomadas en diversas ciudades de países y continentes distintos, no ofrecen pista alguna que revele su lugar de procedencia. Incluso el detalle singular de las varillas de acero asomando por la cubierta plana de la vivienda (en espera de obtener recursos en el futuro para ampliar la vivienda) es un detalle tan internacional como el propio estilo (Vázquez, 1997: 1).

En la historia de la arquitectura moderna mexicana, se observa que el movimiento moderno desapareció cuando así se indicó su obsolescencia en los escenarios internacionales a fines de los sesenta; que el posmodernismo y el deconstructivismo no fueron viables de seguir; y que el *High Tech* resultó inadecuado para nuestra raquítica economía. En las aulas mexicanas hemos visto a la enseñanza arquitectónica basarse en filosofías de países desarrollados; hemos esperado a que marquen la pauta ideológicas extranjeras, menospreciando nuestros valores.

Hoy como ayer, la técnica tiende cada vez más a separarse del arte, la función del símbolo, lo objetivo de lo subjetivo; hay un divorcio entre esencias vitales que está provocando el desequilibrio de la sociedad. Pero para comprender la problemática que conlleva dicho divorcio, es necesario echar una mirada a los actuales procesos modernizadores globalizados que siguen impulsando el virtual desequilibrio.

1. La gran máquina invisible

En verdad nos encontramos en un atolladero. El actual rumbo social es una moda que aceptamos de manera acrítica, sin protestar. Nuestra vida se ha separado cada vez más en compartimientos sin relación alguna entre sí, cuya única forma de orden y de interrelación consiste en adaptarse a las organizaciones y mecanismos automáticos que gobiernan en verdad nuestra existencia cotidiana. Hemos perdido la capacidad esencial de las personas que se gobiernan a sí mismas, la libertad de tomar decisiones, de decir sí o no en términos de nuestras propias finalidades. Nos encontramos en un momento en el que predominan fines paleotécnicos con medios neotécnicos (Mumford, 1971), ésta es la característica más evidente del orden actual.

El rumbo actual tiene un agente impulsor responsable de dicha mentalidad:

[...] la gran megamáquina mencionada por Mumford hace más de treinta años, la cual ha evolucionado hasta nuestros días, con cambios en la forma más no en su fondo. La combinación de partes resistentes, cada una de las cuales especializada en una función y operando bajo el mismo control humano, y que funcionan como un todo rígidamente integrado aunque ocupando estos diversos y distantes espacios, define lo que es una máquina, según lo expresara Franz Reuleaux (Mumford, 1967: 297).

Con la presencia de la máquina humana encontramos siempre dos aspectos: uno negativo, tiránico y a menudo destructor, y el otro positivo, promovedor de vitalidad y constructivo. Nunca funcionaron estos segundos factores sin que, en algún grado, estuvieran presentes los primeros.

En nuestro país, por ejemplo, las realidades de un mundo paleotécnico se observan con claridad: dinero, precios, capital, acciones, son el fin que persigue la sociedad, aunque tras conseguirlo se sacrifiquen nuestro ambiente, ríos, lagos, bosques, tierras y nuestra propia humanidad. El modelo civilizatorio dominante degrada el ambiente, subvalora la diversidad cultural y desconoce al otro (al indígena, al pobre, a la mujer, al negro, al sur) mientras privilegia un modo de producción y un estilo de vida insustentables que se han vuelto hegemónicos en el proceso de globalización. No es una crisis ecológica, sino social. Es el resultado de una visión mecanicista del mundo; es una crisis moral de instituciones políticas, de aparatos jurídicos de dominación, de relaciones sociales injustas y de una racionalidad instrumental en conflicto con la trama de la vida (López, 2005).

Basta con observar un poco a lo lar-

go de la historia, y más aun, en nuestra sociedad actual, para reconocer la presencia de la gran megamáquina y de sus efectos (Mumford, 1967).

a) La multiforme colección de seres humanos mecanizados que obedecían órdenes de manera incondicional –lo cual caracterizaba a la megamáquina que construyó las pirámides de Egipto– la encontramos hoy en nuestra sociedad. En tiempos pasados los seres humanos se revelaron contra los sistemas que monopolizaban y explotaban al hombre, dando origen a las revoluciones que liberaron a gran cantidad de sociedades en todo el mundo.

Hoy en día ocurre un proceso invertido: el hombre pide al sistema que lo explote y se somete con docilidad a las condiciones que este sistema le impone. “Hay una miseria peor que la de ser explotado, y es la miseria de no ser explotado” dijo la economista Joan Robinson.

En la fase paleotécnica de la revolución industrial, el trabajador se vendió al mejor postor en el mercado de la mano de obra. Su trabajo no era una manifestación de orgullo personal y de capacidad sino un producto, cuyo valor variaba según la cantidad de otros trabajadores que estuvieran disponibles para realizar la misma tarea (Mumford, 1971: 208). El trabajador hoy en día vive para trabajar, sometido voluntariamente al sistema.

b) El secreto del correspondiente control mecánico –bien establecido en la megamáquina– de tener un mismo objetivo y un solo propósito, bien concreto, al frente de toda esa organización, se repite hoy día con una transformación en la forma: hoy los fines económicos ocupan el centro del pensamiento del hombre y empeña toda su vida en alcanzar la riqueza: el capitalismo promueve este comportamiento.

c) La homogeneidad en el pensamiento se ha logrado de una manera muy simple: en el pasado, tal máquina nun-

ca habría sido manejable sin la fe aplandadora que predicaban los sacerdotes y la incondicional obediencia a la voluntad real, que imponían los gobernadores, los generales, los burócratas y los capataces. Hoy no son dogmas religiosos ni realezas monárquicas las que dominan y controlan esta gran máquina invisible, la nueva modalidad es la aceptación acrítica de los productos de la modernidad. De hecho, la idea de un mundo homogéneo va, en cierta medida, en consonancia con los intereses del capitalismo, en el sentido que cierta homogeneidad a nivel planetario es necesaria para que éste pueda llegar a cualquier punto del planeta (Juanola, 2004).

En nombre de la modernidad se aceptan modas, tendencias y estilos de vida, de los que cree uno mismo ser el autor y beneficiario directo. Somos clientes cautivos de sus productos.¹ Una de las más duraderas contribuciones de la megamáquina fue el mito de la máquina misma:

[...] la noción de que tal máquina es, por su propia naturaleza, absolutamente irresistible [...] con lo que, si nadie se le opone, resultará últimamente beneficiosa para todos (Mumford, 1967).

d) Si algo faltaba en la antigua megamáquina para completar tan enorme mecanismo operativo, se logró con la invención de la escritura, la cual facilitó la comunicación hacia los lugares más lejanos y hacia las más pequeñas unidades. Y tal como ocurrió una rápida expansión en el pasado por la viva fuerza de los reyes o los representantes ungidos de dios, en nuestros tiempos los adelantos en telecomunicaciones han permitido llevar sin límites de tiempo ni espacio a la ‘máquina invisible’, en su forma constructiva o destructora. El internet es el medio de comunicación último de este sistema globalizador,

que permite tal contacto del líder y el grupo. Platón definió los límites del tamaño de una ciudad como el número de personas que podían oír la voz de un solo orador: hoy, esos límites no definen una ciudad sino una civilización.

e) Idealmente, el personal de la megamáquina debía ser célibe, despojado totalmente de responsabilidades familiares, de instituciones comunales y de los normales afectos humanos. Es común en nuestros días que el trabajo ocupe la mayor parte de la existencia del hombre, sin equilibrio con el resto de necesidades físicas y espirituales. Las grandes distancias de la ciudad han contribuido también a un desmembramiento en el hogar, el cual se ha vuelto un lugar para dormir con personas ajenas a las que seguimos llamando familia.

En el pasado paleotécnico surgió una nueva personalidad que Mumford llamó: “el hombre económico”. Tanto los trabajadores como los maestros siderúrgicos y textiles se trataban con mucha dureza:

[...] se escatimaban, se restringían y se privaban de lo necesario para vivir, con avaricia y voluntad de poder. Los hombres vivos imitaban a esta máquina automática, a esta criatura del racionalismo puro. Estos nuevos hombres sacrificaron su digestión, los intereses de paternidad, su vida sexual, su salud, la mayor parte de los normales placeres y deleites de la existencia civilizada por la persecución sin trabas del

1. Las redes de la megamáquina nos envuelven y atrapan con la excusa de producir un gran beneficio. Sólo una pequeñísima minoría de seres humanos pueden excluirse de la manera irreflexiva con que nos dedicamos a consumir productos que bajo el estigma de necesarios, nos ofrecen los medios de masas. La presión ejercida por estos medios globalizadores, toma una terrible fuerza al hacer su morada en la sociedad, que es la que finalmente somete al individuo.

El hombre como ser humano integral se ha convertido en un exiliado en este mundo tecnificado; o aún peor, se ha convertido en una persona desplazada.

poder y del dinero. Nada los detenía; nada los distraía [...] excepto finalmente el darse cuenta de que tenían más dinero del que podían gastar (Mumford, 1971: 196).

2. Sobrevaloración de la técnica

El ser humano en general ha tratado de vivir en un mundo impersonal, un mundo sin valores salvo el de las cantidades, un mundo ausente de finalidades humanas. Pese a todo el alarde de eficiencia técnica, pese a nuestra superabundancia de energía, alimento, materiales, productos, no ha habido un mejoramiento conmensurable en la calidad de nuestra existencia cotidiana.

Al carecer de significado ese mundo del hombre y producir vidas apáticas emocionalmente y de embotada pasividad, vino una sobrevaloración de la técnica. Así se llegó a identificar a la técnica (erróneamente) con la totalidad de la vida moderna; la técnica como la finalidad de la vida misma, siendo fácil en nuestros tiempos caer de nuevo en ese error.

Con los adelantos tecnológicos de nuestras sociedades se ha logrado alcanzar un ambiente y una rutina altamente organizada de la vida, satisfaciendo la necesidad del hombre de vivir en un mundo organizado y predecible. Uniformidad, regularidad, exactitud mecánica y seguridad, todas estas características han adelantado hasta llegar a un grado singular de perfección. Pero las bondades de la técnica no han logrado contrarrestar la maldición que acompaña a este don auténtico, maldición proveniente de este mismo entregarse en demasía a lo exterior, a lo cuantitativo, a lo medible, a lo ex-

terno, pues nuestra vida interior se ha empobrecido en toda nuestra sociedad.

Esta tendencia que nos engloba, ha estado desalojando al hombre del centro de la escena, reduciéndole a una mera sombra de la máquina por él creada. La gran megamáquina tiende a reemplazar a la persona y a tomar todas las decisiones. El hombre como ser humano integral se ha convertido en un exiliado en este mundo tecnificado; o aún peor, se ha convertido en una persona desplazada (Mumford, 1957).

Aquí cabe preguntarse lo que Mumford:

¿Por qué nuestra vida interna ha llegado a empobrecerse tanto, a ser tan vacía, y por qué nuestra vida exterior es tan exorbitante, y vacía en sus satisfacciones subjetivas? ¿Por qué nos hemos convertido en dioses tecnológicos y diablos morales, superhombres científicos e idiotas estéticos? (Mumford, 1957).

Cuando la sociedad es sana, el artista refuerza esa salud; mas cuando enferma, también refuerza sus afecciones; esto es una consecuencia lógica de la permanente interacción del hombre con su cultura. Una civilización que trata de hacer a un lado al arte, o de convertirlo en mero sirviente de necesidades prácticas —tal como se usa ahora el arte para fines publicitarios— en realidad hace a un lado y degrada una parte esencial de la naturaleza del hombre. Si continúa este estado actual de desequilibrio social con el arte degradado, nuestra sociedad, producirá su propio derrumbe. Ninguna de nuestras instituciones dominantes hoy día corrige esta falta de equilibrio: por lo contrario,

la estimulan en nombre de la eficiencia, en nombre de la modernidad.

3. Arte, técnica y arquitectura globalizada

Hay en nuestros días una tendencia que pretende globalizar la arquitectura: una sola arquitectura para los distintos seres humanos de las diferentes regiones y de las diferentes culturas —como un par de zapatos de un mismo número, diseño y material, para todos los humanos—. Los resultados arquitectónicos venidos como consecuencia de la separación de técnica y arte por su parte, están ayudando a que tal idea se acepte como rasgo representativo de la ‘modernidad’, una modernidad mal entendida y deshumanizada.

El concepto de “arquitectura globalizada” resulta ser una incongruencia, ya que si partimos de reconocer lo que la arquitectura es: arte y ciencia a la vez —lo cual se comprueba en el objeto arquitectónico— podemos decir que la ausencia del uno o del otro en cualquier proceso edificatorio nos lleva a la concreción de un objeto diferente al arquitectónico. Por otro lado, el término globalización desde su concepto, implica la ausencia del arte ya que va en sentido contrario a la ‘personalización’.

Concebir en el objeto arquitectónico sólo técnica constructiva es una aberración. Todo edificio está condicionado al mismo tiempo por los objetivos culturales y personales y por las necesidades físicas y mecánicas. En la arquitectura difícilmente pueden separarse, ni siquiera en un análisis formal, símbolo y estructura, significado y función práctica. Aún en las más sencillas elecciones estéticas de materiales o proporciones el constructor pone de manifiesto qué tipo de hombre es y a qué tipo de comunidad sirve. La expresión es en sí misma una de las funciones primarias de la arquitectura.

Desde el comienzo mismo de su vida en la Tierra el hombre es tanto un hacedor de símbolos como un hacedor de herramientas, pues tiene necesidad de expresar su vida interior y al mismo tiempo de controlar su vida exterior. La técnica se desarrolla fundamentalmente a partir de la necesidad de afrontar y dominar las condiciones externas de la vida, de controlar las fuerzas de la naturaleza y ampliar el poder y la eficiencia mecánica de los órganos naturales propios del hombre, considerados en su aspecto práctico y operativo.

La finalidad del arte es ensanchar la personalidad, de manera que sentimientos, emociones, actitudes y valores, en la forma individualizada y especial en la que aparecen en una persona o cultura determinada, puedan ser transmitidos con toda su fuerza y significado a otras personas y otras culturas. El arte representa el lado interior y subjetivo del hombre; surge de la necesidad del hombre de crear para sí. Como consecuencia, el arte, es una representación individualizada.

Debido a su origen y propósito, los significados del arte se relacionan con las transformaciones interiores del ser humano. En sus mejores manifestaciones, el arte pone al descubierto significados hasta entonces ocultos. Dice más de lo que el ojo ve, de lo que el oído oye o de lo que la mente conoce (Mumford, 1957: 20). Con la expresión de una auténtica obra de arte se afirma la bondad de la vida y ésta se renueva.

La obra de arte brota de la experiencia original del artista, se convierte en nueva experiencia tanto para él como para quien participa de la obra y luego, mediante su existencia independiente, enriquece la conciencia de la comunidad entera. Lo opuesto al arte es insensibilidad, despersonalización, ausencia de creación, vacía repetición, rutina, una vida muda, inexpressada, no realizada, carente de significado.

Técnica y arte han gozado en diversos periodos de la historia de una verdadera unidad –tal que para los griegos del siglo quinto, la palabra *tekhné* no implicaba distinción entre la producción industrial y el arte ‘fino’ o simbólico– pese a ello, en los últimos tiempos, se ha tendido a una separación de ambos. Por lo tanto, el considerar al hombre primordialmente como un animal que usa herramientas, equivale a saltarse los principales capítulos de la historia de la humanidad.

En resumen, una arquitectura globalizada desde su concepto mismo, excluye al arte no comercial de sus planes. Mientras el arte es personal y manifiesta las experiencias individuales del autor, la arquitectura globalizada pretende una construcción estandarizada y ausente de significado; si el arte manifiesta emociones, sentimientos y valores, tendremos por el otro lado, materiales de alta tecnología tal vez, pero con un discurso falso y repetitivo. Por un lado el orden y la bondad de la vida, por el otro, el caos y la rutina; expresión contra inexpressión; vida contra muerte. Ni sólo artistas ni sólo técnicos en la obra arquitectónica.

Al tratar de globalizar ciertas características arquitectónicas se pretenden globalizar: materiales, funciones utilitarias, uniformidad, regularidad y exactitud mecánica –sólo técnica–. La globalización pretendida no hace justicia a esos valores humanos derivados del sujeto y al género de vida que el arquitecto debe realzar, sino a los del objeto y la obra.

4. Retorno a lo nuestro

Ante el virtual desequilibrio de nuestra sociedad ¿Qué podemos hacer nosotros como arquitectos? ¿Cómo podemos contribuir a alcanzar ese equilibrio tan apremiante en nuestra sociedad? ¿Cómo hacer frente a modas pasajeras e ideo-

logías extrañas que nos pretenden imponer países desarrollados?

Si deseamos encontrar un destino distinto para nuestra civilización, debemos reexaminar y reacondicionar cada una de las partes de nuestra vida. Algo esencial para su equilibrio y desarrollo orgánicos ha quedado fuera de ella: ‘la persona humana’. Por lo tanto, el reto de nuestro tiempo consiste en restablecer el equilibrio y la totalidad del hombre moderno en nuestra sociedad. El equilibrio significa que la personalidad total debe estar constantemente en acción en cada momento de su existencia y que ninguna parte de la vida se debe segregar de las otras partes, incapaz de influirla o de ser influida por ella. Equilibrio y autonomía van de la mano por lo que también es nuestro deber alcanzarlas.

Desde el punto de vista de la arquitectura, debemos comenzar por reconocer la existencia de una dependencia ideológica de países desarrollados que nos ha llevado a menospreciar lo nuestro y, por ende, al ser humano. Las grandes metas a alcanzar en nuestra profesión se pueden resumir en dos: *a)* el rescate de la persona humana integral como ser individual, y *b)* la creación de una doctrina y una teoría ideológica arquitectónica que fortalezca hasta la última de nuestras acciones, además de que permita la resistencia victoriosa ante los embates del mundo globalizado.

Al igual que encontramos personas no fácilmente corruptibles y fuertes en sus convicciones que soportan en pie la embestida del mundo globalizado, también encontramos ejemplos de arquitectura, los cuales están dotados de grandes valores arquitectónicos que han optado por darle preferencia al ser humano integral y darle la espalda a modas pasajeras. Dentro de estos ejemplos se levanta con dignidad el patrimonio vernáculo.

Humildad proviene de *humus*, que se refiere a la capa superior de la tierra;

una persona humilde² es una persona que pone los pies en la tierra, que vive su realidad, su verdad. Si se vive en la irrealidad, se es esclavo de fantasías, de sueños que no corresponden a la propia condición; se vive en medio de una batalla donde realidad e irrealidad ponen en duda cualquier bosquejo de personalidad propia. El infantilismo (vivir de sueños) y la inmadurez (incapacidad para aceptar la realidad), son las causas del mundo ilusorio creado en la mente de la persona, lo que provoca en ella, la búsqueda de la aceptación de los demás, su aprobación, la ausencia de decisiones propias, de rumbos, deseos e ideales propios, la ausencia de una identidad propia. En lugar de poner los pies en la tierra y acoger su verdad, usa máscaras que encubren su yo verdadero.

La arquitectura vernácula es una arquitectura ‘humilde’, donde se palpa la ‘verdad’ de una sociedad. La humildad en arquitectura es ser auténtico; es reconocer sin infantilismos y con madurez la condición actual de nuestra sociedad, de nuestra época, del entorno que nos rodea; es sintonizar con el yo verdadero de la sociedad, encarnado en nuestras raíces más profundas, y conducir desde él todas las acciones. A través del estudio de lo vernáculo podemos descubrir un poco más de nosotros mismos, del verdadero yo de nuestra sociedad mexicana, de sus verdaderas necesidades, posibilidades y aspiraciones. Con madurez y sin infantilismo podremos distinguir en nuestras sociedades globalizadas y consumistas, lo verdaderamente necesario de lo superfluo y accesorio, y así identificarlo en la arquitectura. Con esto es posible

La globalización pretendida no hace justicia a esos valores humanos derivados del sujeto y al género de vida que el arquitecto debe realzar, sino a los del objeto y la obra.

fortalecer esa identidad arquitectónica del mexicano tan devaluada.

En las sociedades vernáculas la técnica no ha sido sobrevalorada por sobre el arte, ni se ha desplazado el hombre del lugar central que le corresponde; la mayoría de las intenciones llevan implícitas finalidades humanas, y son sociedades que gobiernan su forma de vida. En sus viviendas son observables una medida humana, un ritmo humano y sobre todo un objetivo humano. Por sobre todas las cosas está el hombre, su cultura y su idiosincrasia, lo cual se manifiesta en la forma y en la función, en los materiales utilizados y en su expresión, en la disposición y fin de cada objeto.

Dentro de las sociedades existe una serie de relaciones que conforman un todo, una unidad a partir de la cual se generan todos los cambios y transformaciones del entorno. Estas relaciones tienen como centro al hombre y se denominan comúnmente identidad cultural. La identidad cultural es la materialización simbólica de la cultura, el conjunto de signos creados, adaptados y rediseñados por cada grupo humano a través del tiempo, que permiten su identificación. Dicha materialización se da en todos los ámbitos del hombre, desde el idioma y creencias, hasta los más pequeños y simples objetos.

La sociedad, al materializar su cultura, produce objetos; por otro lado, los objetos son creados bajo una serie de

elementos conceptuales que aporta la naturaleza (inspiración), éstos al tener una existencia propia, promueven comportamientos en el hombre, quien a su vez transforma la cultura de la sociedad. Este es un ciclo que se automantiene y se autoregenera (Restrepo, 1998).

Los objetos son creados a partir de una necesidad experimentada por el hombre, donde estos objetos creados a su vez, transforman al hombre al requerir de él un nuevo comportamiento y dinámica de uso diferente. Por ejemplo: la creación de la primera cuchara para comer, una silla, una computadora, etc., tras su aparición han transformado y promovido nuevos comportamientos en el hombre al tener una existencia en su vida. El hombre al ver el nuevo producto creado, sospecha nuevos usos para ese objeto, “deseo que sea más cómodo, más fácil, menos [...]”, convirtiéndolo al proveerlo de un uso diferente en un nuevo objeto. Es así como se repite indefinidamente el ciclo, modificando el entorno inmediato del hombre y por ende su cultura, quedando plasmada en dichos objetos su manera de pensar, de sentir, sus creencias, [...] su propia esencia (identidad cultural).

De manera semejante a lo anterior, la arquitectura es creada por el hombre satisfaciendo una necesidad; modifica y transforma al hombre al promover nuevos comportamientos, y éste recrea nuevos espacios, nuevos materiales, nuevos significados, manifestando en ellos también su nueva forma de ser. La arquitectura es expresión de la sociedad, es como un documento que no puede falsear la realidad que se vive. Es una importante expresión de la cultura que más que testigo es uno de sus actores principales (Ramírez, 1998: 2). Frente al testimonio arquitectónico, ¿cómo podría mentir una sociedad acerca de la realidad en que vive? Como toda obra de arte, la arquitectura retrata a su autor (retrato deriva de *ritratto* =

2. En nuestra sociedad una persona humilde es sinónimo de apocamiento, de nulificación personal. Dentro un mundo ausente de valores espirituales, donde lo que importa son los valores materiales, la humildad más que una virtud es un defecto.

vuelto a traer); a esto se debe que todo edificio tenga una personalidad, un tono, un humor, un sentido personal, la concreción del temperamento de una época, de un pueblo, de una cultura.

El valor de significación en arquitectura representa el poder ‘dialogar’ con el usuario de un espacio. Sentimientos, emociones, gustos, creencias, y todo lo que el hombre es, constituyen el mensaje del edificio; es la transmisión de la propia vida del autor. La arquitectura persuade, forma o afirma ideologías, educa, tranquiliza o deleita, es decir, satisface necesidades psíquicas. Se encontrarán mensajes referentes al destino del edificio, a las costumbres de los usuarios, al gusto prevaleciente, al sentido de la vida, al progreso tecnológico, a la situación económica y social. Pero debemos tener mucho cuidado con el tipo de mensaje que transmiten nuestros edificios a

la sociedad, ya que mensajes positivos o negativos afectarán por igual a la sociedad, y según vimos anteriormente, la inserción de objetos en la sociedad promueve nuevos comportamientos en el hombre, y sobremodera los objetos arquitectónicos. El efecto es similar al del juego de ajedrez, en que cada movimiento de una pieza en el tablero modifica la situación de todo el sistema.

La incorporación de objetos arquitectónicos representativos de nuestra cultura, de nuestra idiosincrasia, de nuestra identidad, hablarán a la sociedad con este mensaje, y tarde o temprano influirán en su comportamiento. Creo que la arquitectura en general, puede contribuir a la recuperación del equilibrio en nuestra sociedad a través de la incorporación de “objetos arquitectónicos sanos”. Por eso es tan importante reeducarnos en nues-

tro actuar profesional, soportar de pie y con nuestro propio nombre la embestida de este mundo globalizado que pretende que el objeto arquitectónico sea un objeto-mercancía-moda con valor de cambio. Por eso es tan importante acercarnos al patrimonio vernáculo; retornar a lo nuestro, a nuestras raíces, y purificar con ello nuestras acciones.

El patrimonio vernáculo es definitivamente un libro abierto que debemos aprender a leer, y que —dada la borrosa e indefinida identidad arquitectónica del mexicano— urge que comencemos ya. Un mejor enfoque del ejercicio de la arquitectura en nuestra sociedad se nos es revelado, un cúmulo de conocimientos heredados y transmitidos de generación en generación se nos entrega hoy y nos habla sobre una particular manera de diseñar y construir la morada del hombre.

ergo

Bibliografía

Juanola-Hospital, E. (2004). “Globalización y cultura. Análisis crítico de los vínculos, efectos e interconectividad entre dos nociones”, *Atenea Digital*. Núm. 6, Otoño. Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.

López, A. M. (2005). “La crisis ambiental, crisis de la humanidad, la cultura y las ciencias: Carlos Galano”, *Ciencia Ergo Sum*. Vol. 12, Núm 3. Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.

Mumford, L.

_____ (1957). *Arte y técnica*. Nueva Visión, Buenos Aires.

_____ (1967). *El mito de la máquina*. Emece, Barcelona.

_____ (1971). *Técnica y civilización*. Alianza, Madrid.

Ramírez-Ponce, A. (1998). “Re-pensar la arquitectura”, *Compendio de Ponencias del Seminario Nacional de Teoría de la Arquitectura*. ESIA, México.

Restrepo, J. (1998). “Naturaleza-hombre-cultura-objetos a través del tiempo. Aproximación a la complejidad del diseño”, *Theomai*.

Universidad EAFIT. Medellín, Colombia.

Ríos-Garza, C. (1998). “Una arquitectura consciente”, *Compendio de Ponencias del Seminario Nacional de Teoría de la Arquitectura*. ESIA, México.

Vargas-Salguero, R. (1998). “Los arquitectos en una encrucijada”, *Compendio de Ponencias del Seminario Nacional de Teoría de la Arquitectura*. ESIA, México.

Vázquez-Espí, M. (1997). “Los límites de la técnica”, *Boletín CF-S. Especial sobre participación social, Ciudades para un futuro más sostenible*. <<http://habitat.aq.upm.es/boletin/n3/amvaz.html>>.